

**SERMÓN QUE PREDICÓ EN LA NUEVA IGLESIA PARROQUIAL DE ABAMIA
EL DÍA DE LA INAUGURACIÓN (15 DE AGOSTO DE 1915)
EL FUNDADOR Y PÁRROCO DE LA MISMA D. MANUEL BLANCO ESCANDÓN**

"Hæc domus Dei est et porta cæli.= Esta es la casa de Dios y la puerta del Cielo.

Es una verdad promulgada por el mismo Dios, que tras las alegrías y goces de la vida vienen siempre, siempre, las tristezas, agonías, luto y llanto de la muerte. Y es una verdad, así mismo, confirmada por la experiencia, que tras la más grande de las tempestades viene la bonanza; tras el terrible huracán que, tronchando seculares robles y derrumbando los más sólidos edificios va sembrando la muerte y el espanto por doquiera, viene la tranquilidad, la calma. Verdad esta última que tiene perfecta aplicación a la fiesta que hoy nos reúne.

Pasó, si, pasó la tempestad; pasó el terrible huracán que arrancó de cuajo la paz de esta histórica y piadosa parroquia. Pasaron aquellos infaustos días de luto y muerte; pasaron aquellos días fatídicos que llenaron vuestro corazón de la más amarga amargura, y el mío del mayor de los desconsuelos: pasó todo, como todas las cosas humanas pasan.

Y llegó el día de la bonanza, llegó el día de la tranquilidad, el día feliz en que podemos ofrecer al Dios, tres veces santo, este humilde templo, fruto de vuestros heroicos sacrificios. Obra vuestra es, y por tanto, hoy llenos de santo orgullo podéis dirigir vuestros ojos hacia el Cielo, podéis dirigir vuestra mirada hacia el Tabernáculo, hacia el Dios de los amores y decirle: dignáos, Señor, aceptar esta pobre ofrenda; aceptar, Señor, esta humilde morada que, aunque pobre, es el fruto de todos nuestros trabajos y de nuestros afanes todos; con ella, Señor, os damos el corazón.

Bendito seáis, mil veces, Dios mío, por habernos concedido la dicha de ver este día tan grande. Y mil veces bendito seáis vosotros, queridos feligreses, por la fe y el entusiasmo con que habéis trabajado en la casa del Señor.

Hoy, dejando a un lado pasadas amarguras, nuestro corazón debe rebosar de júbilo y alegría. Recordad la alegría y júbilo que hubo en Israel cuando Salomón trasladó el Arca de la alianza al Templo que había edificado. El Rey, el senado, toda la nobleza y los grandes pueblos de Israel y de Judá, todos acudieron adornados con sus mejores atavíos. Y entre el humo del incienso, a través de los cánticos sagrados, entre los acordes de cien músicas, se escuchaba la entusiasta voz del pueblo que exclamaba ¡Oh! ¡qué bueno es Dios!, ¡qué bueno es Dios para Israel! Vuestras misericordias, Señor, pasarán de generación a generación, de siglo a siglo, hasta la conmemoración de las edades. El mismo Salomón al ver este grandioso espectáculo, y que la gloria de Dios invadía al Templo, no pudo menos de inclinar su frente hasta el suelo y exclamar: ¡No hay más Dios que vos Dios mío, en el Cielo ni en la tierra! Pues cuanto mayor debe ser, hoy, nuestro júbilo y alegría? Ya tenemos Iglesia; habéis levantado un trono a Dios, y este hecho dados los azarosos tiempos que corremos, en que la impiedad pretende arrancar hasta la noción de Dios del corazón de los niños, este hecho, repito, significa un triunfo, pero un triunfo digno

de señalar en piedra blanca. Yo no se manifestar mi gratitud y alegría sino exclamando: Gloria a Dios en las alturas, gloria a Dios en este Templo, gloria y alabanza a la Santísima Virgen, bendición y gloria para vosotros mis queridos feligreses.

Hoy, interpretando vuestros piadosos sentimientos, pretendo haceros ver que el templo es la casa de Dios y la puerta del Cielo, digno, por tanto, de nuestro mayor respeto.

No soy orador, bien lo sabéis, buena prueba estoy dando de ello, pero nunca pretendí serlo, es más, nunca lo ambicioné. Pero hoy ¡ay! hoy, hoy quisiera tener la inteligencia de un ángel, quisiera tener la elocuencia de un Crisóstomo y que el eco de mi voz, llevado en alas de los vientos, se percutiese en los confines todos de la tierra, para que, en este momento, se levantara en todos los puntos del globo, un himno de gloria, un himno de alabanza, un himno de gracias a Dios.

Pero, desgraciadamente, de todo carezco. ¿Qué palabras elocuentes podrá pronunciar mi torpe lengua? ¿Que pensamientos sublimes podrá sugerirme este pobre corazón, que no es más que un puñado de mal barro? Mi imaginación está apagada, mi entendimiento incapaz de ordenar ideas; y aunque quisiera pronunciar un discurso escrito por otro, hasta en eso se me revela la memoria. Solo una cosa me queda, y es corazón para amaros, Dios mío, sobre todas las cosas, es corazón para amaros, queridos feligreses. Y esto fue lo que me animó a ocupar hoy la sagrada cátedra. En vos sobre todo, confío, dulcísima Madre mía; hoy que fuisteis coronada Reina de cielo y tierra, alcanzadme de aquel que puso en vuestras manos el cetro de los mundos la gracia que necesito. A este fin os saludamos con las palabras del Ángel, Ave María.

Soberano Señor sacramentado Reverendos sacerdotes. Amados hermanos en N. S. J. Dios N. S. es digno por todos conceptos de que en todas partes le adoremos porque su inmensidad lo llena todo; llenas los mundos, llena el tiempo, llena la eternidad. Si subo al Cielo, dice el profeta, allí estáis, Señor; si bajo a los abismos, allí os encuentro; y si tomo las alas de la aurora para volar a las extremidades de los mares, es vuestra poderosa mano quien a ellos me conduce.

Más si bien es cierto, que la inmensidad de Dios exige que en todas partes le rindamos culto, es innegable que su gloria pide que haya lugares determinados en donde el hombre le tribute el homenaje que le es debido. Así lo entendió siempre la humanidad entera. El antiguo paganismo [lo] mismo que el pueblo judío y cristiano están de acuerdo en este punto. Recorred el mundo entero, decía Plutarco, y encontraréis pueblos salvajes, pero con templos consagrados a sus dioses; encontraréis ciudades sin murallas, sin palacios, sin escuelas, sin tesoro público, pero, no encontraréis ninguna sin altares dedicados a sus divinidades. Recordad los templos de Roma y Grecia, cuyas ruinas son, aun hoy, la admiración de los sabios. Traed a la memoria el Tabernáculo del desierto y el famoso templo de Salomón, cuya grandeza no cupo en los ámbitos del mundo. Y después de la tragedia del Calvario, cuando los cristianos, debido a la paz constantiniana, salieron de las Catacumbas, en donde tenían ocultos sus altares y su fe, contad, si podéis las iglesias que, en honor de Dios, levantaron en todo el mundo. Que hablen las Iglesias de San Juan de Letrán, de San Pedro de Roma y Santa Sofía de Constantinopla. Que hablen las catedrales de Burgos, de León, de Sevilla, Zaragoza y Barcelona, cuyas altísimas torres siguen aún hoy, desafiando la acción de los tiempos y la barbarie de los hombres.

Y en nuestros tiempos, pasad el Atlántico, recorred las más florecientes ciudades de las Américas y en todas encontraréis templos consagrados a Dios. Veréis al israelita en sus sinagogas, al musulmán en sus mezquitas, a los indios del Ganges en sus pagodas, al protestante

en sus templos y al cristiano en sus iglesias. Es muy cierto que la creación es el grandioso templo del Arquitecto de los mundos; templo cuyas bóvedas están formadas por el azulado firmamento, y cuya alfombra son los campos con sus plantas, sus flores y sus frutos. Pero no basta ésto al hombre, porque hay muchos que no ven a Dios en sus obras, no descubren la causa en sus efectos. Hay muchos que no ven en el mundo más que un teatro, un museo y nada más. De aquí la necesidad de los templos.

¿Pero, porqué el templo es el edificio más suntuoso que el hombre fabrica? ¿Porqué el hombre tiene especial empeño en edificar el templo cerca de su morada? ¡Ah! es que el hombre necesita de Dios; es que el hombre no puede vivir sin Dios; es que sabe que el templo es la casa de Dios. Si; el templo es la casa de Dios, el mismo Señor nos lo dice "Elegí" y santifiqué este lugar para que mis ojos y mi corazón permanezcan en él todos los días. Sí, el templo, la iglesia es la casa de Jehová, es la casa del Dios del Sinaí, es la casa del Dios del Gólgota, del Dios de los Altares, del Dios de los amores. La iglesia, el templo es el lugar en donde de una manera especial reside aquel Dios que en los albores de los tiempos pronunció la palabra fiat, háganse las cosas, y esta creadora palabra sacó de la nada estos mundos que tanto nos admiran y encantan. La iglesia es la casa de ese Dios, que con mano potente colocó en el firmamento esa multitud de astros como gigantescas lámparas en el grandioso santuario de los cielos. Es la casa de ese Dios que humilla la soberbia de los mares, haciendo que en sus embravecidas olas se estrellen contra el acantilado de la costa o vayan a morir lanzando espumarajos de rabia en una arenosa playa. Es la casa de ese Dios que es el alfa y el omega, el principio y el fin de todo lo que existe, que es la vida de todo lo que siente, que es la vida de la vida, que es la vida de nuestra propia

El templo, la iglesia es la casa del Dios del Gólgota, de ese Dios que lleno de amor subió un día, con fatigoso paso, la penosa colina del Calvario, y allá en su cima, no solo levantó sus ensangrentados ojos al cielo para pedir perdón para sus enemigos, sino que con los brazos extendidos en la Cruz convidó a la humanidad entera con el abrazo del hermano, con el abrazo del mejor de los amigos, con el abrazo eterno de un dios de amor. El templo, la iglesia es la casa del Dios del Tabernáculo, del Dios de los amores. ¡Oh! ¡abríos puertas del sagrario, huid sombras del misterio, descorreos velos eucarísticos; y a quién vemos hermanos muy amados? Al mismo Dios del pesebre, al Dios del Tabor, al Dios del Cenáculo, al mismo Dios del Calvario. Y si por un momento desapareciesen los velos que le ocultan ¿donde estaríamos?; ¡ah! estaríamos en el Cielo, porque donde está Dios está la gloria, está el cielo. Con cuanta razón, pues, podemos decir que el templo es la casa de Dios. Es, así mismo la puerta del Cielo.

Desde que el hombre nace hasta que paga tributo a la tierra; desde la cuna hasta la tumba, en la iglesia encontraremos un compendio de toda su vida espiritual. A sus puertas descubrimos la Pila bautismal, en cuyas regeneradoras aguas nos hicimos hermanos de Cristo y coherederos de su gloria. Más adelante están los tribunales de misericordia en los que conseguimos el perdón de nuestros pecados. Porque, hay que confesarlo, lo mismo bajo el rico traje del señor que bajo la desgarrada blusa del obrero; lo mismo bajo el vistoso uniforme militar que bajo la humilde sotana del sacerdote, palpita un corazón, pero un corazón que fácilmente se deja arrastrar por las pasiones. Pues bien, en el confesionario encontramos el perdón de nuestros extravíos todos juntos con la gracia y amistad de Dios. ¿No es, en efecto, en el templo, donde el joven cristiano es armado soldado de Cristo, en el preciso momento en que el funesto huracán de las pasiones empieza a moverse? ¿No es el templo quien nos recuerda el más feliz día de nuestra vida, el día de nuestra primera comunión? ¿No es el templo el lugar en donde el joven levita recibe de su prelado la unción del sacerdocio y la misión del apostolado?

¿No es en el templo en donde las almas que se aman se juran amor eterno y con indisolubles lazos se unen para unos mismos destinos?

Y cuando llegue el terrible momento de abandonar este valle de lágrimas, del templo saldrá el santo Viático para fortalecernos y al templo traerán nuestros despojos para que la iglesia derrame sobre ellos sus lágrimas y nos abrevie la entrada en los Cielos con sus oraciones.

¿Con cuanto respeto, pues, no debiéramos entrar en él? Los primitivos cristianos pisaban sus umbrales llenos de humanidad [corregido a bolígrafo: humildad] y temor santo. ¿Quién no ve al emperador Teodosio entrar en Milán en traje de penitente, y repitiendo las penitentes palabras del Rey penitente?

Enrique II, rey de Inglaterra, entró vestido de saco en la Iglesia de Aquistran (sic), y en Cantorberi (sic) subió de rodillas hasta el altar mayor; lo mismo hizo Suenon rey de Dinamarca. Pero para que más ejemplos si hasta los mismos bárbaros estaban de esto convencidos; testigo es Roma cuando Alarico entró a sangre y fuego en la ciudad. Los romanos no encontraron refugio más que en el templo, pues sabían que aquellas hordas se detendrían a sus puertas como se detienen las más encrespadas olas en las humildes arenas de la playa. Nosotros también así lo creemos. ¿Quien no teme y respeta a Dios en el templo, lo hará fuera? ¿Quien no alaba a Dios en donde los demás le alaban, le alabará en donde otros le maldicen? Todos debemos tener presente que Dios para arrojar a nuestros padres del Paraíso se valió de un ángel; por medio de un ángel castigó a los egipcios y a los asirios, pero las profanaciones del templo Él mismo las castiga.

No olvidéis nunca, queridos feligreses, el camino de esta Iglesia; que no resulten inútiles vuestros grandes sacrificios. Haced que vuestra cristiana conducta sea una continua lección para vuestros hijos. Rejuvenecidos y engalanados como la esposa para su esposo haced que vuestra numerosa asistencia a la santa misa sea el mejor ornato de este templo, pues solo así resultaría cierto para nosotros que esta Iglesia es la casa de Dios y la puerta del Cielo.

¡Qué día tan alegre el de hoy para todos los fieles de esta parroquia! Si vierais el corazón de vuestro párroco, vierais también, que no le pertenece, que es todo de Dios y todo vuestro. Es tan grande mi alegría que en este momento, no sé si estoy en el Púlpito o gozando ya de Dios en la gloria. No, no se como manifestar mi gratitud y mi alegría sino repitiendo las palabras que dije en un principio: Gloria a Dios, gloria y alabanza a la Santísima Virgen, bendición y gloria para vosotros, queridos feligreses.

Yo bien sé que habéis hecho sacrificios superiores a vuestros intereses, pero esto me enorgullece y redobla mi gratitud. No importa el que seáis pobres, lleváis escrita la honradez en vuestra frente y la fe manifiesta en vuestras obras. Al pisar los umbrales de esta Iglesia no encontraréis en ella grandes riquezas, ni la arquitectura de las grandes catedrales, pero si veréis un templo que habéis consagrado a Dios, en el que recibiréis en abundancia las bendiciones del cielo. Por esto, Señor, os diré con Salomón; dignaos Dios mío, escuchar las plegarias que en este sitio se os dirigen. Consolad a los pobres padres que aquí vengan a pedir salud y vida para sus hijos ausentes; escuchad los gemidos de la infeliz viuda que venga a llorar, en este sitio, su orfandad. Enjugad las lágrimas de tantos, tantos como a esta Iglesia han de venir con el alma desgarrada y el corazón chorreando sangre por el desconsuelo y la aflicción. Que nadie salga sin obtener el deseado consuelo; lucharon Señor, por vuestra gloria y se hicieron acreedores a vuestras misericordias.

Benedicid, sí, Dios mío, a mis queridos feligreses, os lo pido, Señor, con el mismo deseo con que pido mi salvación. Sí, que Dios os bendiga con toda clase de prosperidades, que haga felices vuestros días sobre la tierra. Que él bendiga vuestros hogares, vuestras familias, vuestros campos y vuestros ganados. Que os ilumine para repetir los ejemplos de fe y piedad que hasta ahora habéis dado. Gracias, querido pueblo, vuestros nombres quedarán grabados no solo en el corazón de vuestro párroco, sino también en el de nuestro amantísimo Jesús y en el de la Santísima Virgen... que ellos os bendigan como os bendice vuestro párroco. Hay hechos que embellecen la historia de los pueblos y el realizado hoy será una brillante página para esta piadosa parroquia.

Una súplica tengo que haceros antes de terminar. El día dos de julio del corriente año hizo nueve que se empezaron las obras que hoy ofrecemos a Dios, y durante ellos fallecieron muchos de vuestros convecinos, algunos de vuestros parientes, bienhechores todos de esta Iglesia. Todos ellos trabajaron con el mismo entusiasmo que nosotros o ayudaron con su dinero a levantar estas paredes. Pues bien, si Dios en sus altos juicios no quiso permitirles ver este día feliz, si la oscura barrera de la muerte nos separa, no por esto los debemos de olvidar, hagamosles participantes de nuestra dicha, oremos todos por ellos... eran nuestros hermanos queridos; no salgamos del templo sin derramar una lágrima y ofrecer al Señor una oración por su eterno descanso, bien lo tienen merecido.

Y ahora, Dios mío, permitidme repetir las palabras del anciano Simeón, Nune... Podéis, Señor llevarme cuando queráis. Vieron mis ojos lo que tanto deseé, se cumplieron mis afanes, celebré la primera misa en este templo, asistí a la primer función religiosa... que más puedo ambicionar; no era digno, Señor, de tanta gloria. Una gracia más os pido: llevo diez y seis años feliz entre estos buenos feligreses; que terminada mi misión sobre la tierra, tenga, señor, la dicha de volver a reunirme con ellos allá en la celestial Jerusalén, en nuestra patria, en el Cielo, que a todos en el Corazón de Jesús os deseo."

Fuente: Folleto publicado en Cádiz, Taller Tipográfico, San Miguel, 6, [s. a.] 15,5 x 10 cm., 11 págs.